

SOBRE HAROLDO DE CAMPOS, UNA VEZ MÁS

Eduardo Milán

Tantas cosas en mi memoria recuerdan a Haroldo de Campos. Su entusiasmo permanente, su generosidad, la estatura de una mente brillante. No he conocido a otra persona con una entrega tan manifiesta a la poesía. La poesía vista como una totalidad y, por lo tanto, inextinguible. La poesía como llama que no se apaga. La entrega del poeta a la poesía consiste en mantener la llama viva. “Mantener la entelequia activa”, dice en uno de sus poemas dedicados a su admirado Goethe. La actividad de una vida. Haroldo se dio cuenta desde muy joven de algo esencial de lo poético que lo atrapó. Su relación era con las obras; también con los poetas. Pero principalmente era una relación con el lenguaje poético. Sus poemas dan la impresión de que su familiaridad con el lenguaje les permite entrar en cualquier dominio donde habite la poesía. Podía escribir cualquier poema, podía escribir cualquier palabra, podía crear la imagen que deseara. No todo poeta puede hacer eso. Más claramente, no cualquier poeta moderno puede hacer eso, no cualquier poeta heredero de la modernidad ilustrada.

A lo largo de su obra Haroldo de Campos dio una lección a sus lectores, a sus críticos, a sus detractores. La lectura pobre que vio en la Poesía Concreta pobreza creativa tuvo que repensar su visión. Esa vanguardia *restrictiva* guardó siempre una abundancia visionaria que debía traducirse luego en expansión interminable. Así fue. La Poesía Concreta es el momento de condensación extrema del lenguaje poético latinoamericano. La época exigía ese deliberado ascetismo que a mediados del siglo XX contuvo con el rigor de un dique perfectamente levantado las aguas del desbordamiento expresivo, de la adjetivación efusiva, de la verbalización abstracta y del confesionalismo sin medida formal.

El entusiasmo semántico no es poesía si no está trabado con el entusiasmo sonoro que lo contiene porque fue primero en nuestros oídos éste que aquél. Primero fue el eco; luego, completo, el mundo como su asentamiento. El mundo sustentado en el sonido: así es en poesía. Luego lo *concreto* se expande en *concretud* y entra en la poesía total: del mismo modo que hay una “prosa del mundo” hay una *poesía del mundo*. En realidad, no del mismo modo: la poesía del mundo no está en el mundo como lo está la prosa del mundo, está en el lenguaje del mundo, en el extracto de su lenguaje. En el presente y en el pasado del extracto del lenguaje del mundo habita la poesía. Es posible que esa poesía que así y ahí habita sea la poesía del futuro. Siempre y cuando haya futuro, siempre y cuando haya mundo. Precisamente: siempre y cuando haya lenguaje articulado por el hombre. Más precisamente: siempre y cuando haya hombre. Algo que generalmente el poeta olvida. Haroldo nunca lo olvidó. Un poeta que podía entrar en cualquier mitología —y Haroldo entraba con soltura filológica en muchas lenguas, en muchas tradiciones— nunca olvidó que la poesía es una cuestión esencialmente humana.

Haroldo sostenía desde lejos. Supongo que eso hace la sabiduría. No sé si a últimas fechas estaba rodeado por amigos poetas —sí sé de la fidelidad del extraordinario Augusto, su hermano— en su casa de São Paulo. No era necesario verlo —al menos en mi caso— con frecuencia, ni siquiera tener noticias frescas de su quehacer. Haroldo estaba siempre en lo suyo, en su tarea por él mismo asignada de sostener la poesía. Quien ama la poesía podía estar tranquilo: Haroldo estaba allí. Había como una seguridad: en ese lugar de São Paulo la poesía estaba en buenas manos. Por eso esta carencia, este vacío, este desamparo que su partida deja. Ahora sí queda su obra, ahora sí habrá que volver a sus libros.